

MEMORIAS DE 1845

Esta noche he soñado con lo que parecía un mundo mejor y más justo. He soñado que no había diferencias. Que se ejercía ley que impedía discriminarnos por raza, ideología, sexo, género y religión, que los discursos interesados no escupían mentiras. He soñado con un mundo más homogéneo. Con esa riqueza que nos da la diversidad, pero sin las diferencias que hacen que unos sientan que deben estar por encima de otros. Las guerras por el poder se habían acabado, el dinero comenzaba a repartirse de forma equitativa y las clases sociales habían desaparecido. He soñado que las mujeres eran igual de importantes que los hombres. Que no nos borraban de la historia, que podíamos votar y que gozábamos de cientos de referentes. He soñado que nos incluían en libros, que no teníamos que escondernos detrás de pseudónimos o de nuestros propios maridos. He soñado que alcanzábamos la igualdad. Que todo el mundo se enorgullecía por el avance; que aseguraban que por fin lo habíamos conseguido.

Me he dejado llevar por el idilio y he caminado por senderos que me eran desconocidos. Quise quedarme a vivir en ese mundo tan diferente al mío. Quise creer que, de verdad, lo habíamos conseguido. Escuché argumentos sólidos en los que apoyar la sensación de euforia que sentía, pero me di de bruces contra el suelo cuando el maquillaje de esa sociedad perfecta se quebró como la tierra seca. En mi mundo onírico se enseñaba la historia de las mujeres, la que las había llevado a manifestarse, gritar y luchar porque aún quedaba mucho por conseguir. Lo hacían porque en el mundo había de todo, pero estaba en manos de los hombres.

Tenían mejores oportunidades para acceder a puestos de trabajo, el reconocimiento en la literatura, en estudios científicos y prácticamente en la mayoría de ámbitos de la sociedad, que actualmente se consideran demasiado «importantes» para ellas. Habían ocupado la pirámide de poder y, según decían, habían permitido a las mujeres acceder a algunos puestos porque «compartir estaba bien». La palabra que me ha llamado la atención ha sido precisamente esa: permitir. Como si las mujeres no comprendieran más de la mitad de la población mundial. Como si tuvieran que pedirles permiso a los hombres para ser, estar, salir y vivir. Como si no estuviesen tan capacitadas como ellos para realizar cualquier tipo de tarea. Como si no obtuviesen

mejores calificaciones en el mundo académico. Como si fuesen el sexo débil, como a algunos les gustaba llamarlas.

A ellas. Que desde el principio de los tiempos las habían demonizado, ensuciado, mancillado y utilizado. Las habían llamado impuras cuando su cuerpo manifestaba la capacidad de transformarse para crear vida. Las habían tratado como monstruos y culpabilizado de temas en los que ni siquiera habían querido participar. Las habían enfrentado unas contra otras porque nunca les interesó que se unieran y lucharan como hermanas, codo con codo, por un bien que, por más que se empeñaran en ocultar, sí era común. Las enfrentaron entre sí porque era la única manera de que no se volvieran en contra de quienes las habían relegado a esa vida que nunca pidieron.

Cuando unían sus vidas a la de un hombre, las llamaban esposas, como aquello que se usa para privar de libertad. Como un recuerdo de que el lugar donde debían estar era el hogar, con la descendencia, porque fuera no servían para nada. Porque estorbaban en un mundo hecho por y para los hombres. Fueron presas sin saberlo y se les arrebató la voz, estaban tan escondidas que nadie podía encontrarlas. Nadie podía verlas hasta que, simplemente, dejaron de existir. No existían porque nadie las conocía. No se las escuchaba porque nadie las dejó hablar. Y cuando ya casi no quedaba nadie que las recordara, cuando consiguieron desanudar la venda que les cubría los ojos, cuando empezaron a crecerles alas allí donde se las habían cortado, entonces, empezaron a gritar. A luchar. A reivindicar lo que les correspondía por derecho, a exigir que dejaran de asesinarlas, violarlas y sexualizarlas. Porque ellas, ante todo, eran personas. Tanto como ellos.

Al adentrarme en las entrañas del sueño vi la verdad con una claridad tan chocante que me dejó sin aliento. Me pareció pura hipocresía que los hombres siguieran dedicándose a las tareas que requerían fuerza y las mujeres continuasen siendo mayoría aplastante en el sector de cuidados. Me dio rabia que no se diesen cuenta de que el cambio no había sido suficiente, de que los roles seguían repartiéndose de forma injusta y desigual. Lo que se vendía no llegaba a ponerse en práctica y, por ende, se seguían perpetuando nuestras diferencias. Diferencias que se molestaban en asegurar que ya no existían. Tenían la cara de fardar de que todo eso había quedado atrás, como el mundo antiguo, y la gente asentía y se enorgullecía de ello. Como si no fuese una realidad tan palpable que, de un momento a otro, les pudiera golpear.

Quise despertar en cuanto escuché aquellos susurros por encima de los gritos de júbilo. Mientras la mayoría brindaba por lo conseguido, cientos de voces me acusaban de ser mala mujer por no querer engendrar hijos, me señalaban por tener una orientación sexual diferente y clamaban: «¡Sexo débil! ¡Sexo débil! ¡Sexo débil!».

Casi nadie lo cuestionaba. Habíamos crecido con ello y lo habíamos adoptado como el orden natural. Y lo era. Porque, a pesar de lo que habíamos conseguido, a pesar de lo que nos querían hacer creer, no éramos iguales. Seguían sin tratarnos con equidad.

No puedo alardear de ser una justiciera, pero sí de gozar de gran empeño. Así que cuando he conseguido alejarme de ese caramelo ponzoñoso, de ese engaño, he abierto los ojos y me he sumado a la lucha. Me he enamorado de la causa porque, además de justa, me parece necesaria. No será tarea fácil, pero para hacerla efectiva tenemos que llevarla a cabo tanto hombres como mujeres. No debemos ni queremos estar solas en esto. Nos queda mucho por hacer.

Ocean.